

Prevost, el Papa de la sociedad postsecular

A raíz del fallecimiento de Habermas hubo un aspecto de su obra que pasó casi desapercibido, pero que había consumido buena parte de sus reflexiones desde comienzos de siglo: el concepto de postsecularización. La semántica de este término remite a lo que él consideraba un hecho, el fracaso de la profecía ilustrada que anunciaba la desaparición progresiva de la religión en las sociedades contemporáneas. En ellas siguen rigiendo como verdad pública los enunciados científicos, pero esto no significa que los discursos religiosos se hayan convertido en algo obsoleto o quedaran confinados al ámbito privado. Al contrario, reaparecen continuamente en el espacio público cuando se suscitan cuestiones de tipo moral. Lo vemos en discusiones tan de actualidad como las migraciones, la investigación biomédica,

el problema de la pobreza/desigualdad, la guerra o, más recientemente, incluso la IA.

Lejos de inquietarle, para Habermas era una buena noticia que en una época marcada por la “naturalización” del mundo y por la tendencia a describir la realidad en términos científico-técnicos, siguieran vivos determinados recintos capaces de preservar una valiosa energía moral. Eso sí, siempre que quienes defendieran principios morales inspirados en convicciones religiosas estuvieran dispuestos a “traducirlos” a un lenguaje accesible para todos los ciudadanos.

Es muy posible que el Papa sea el primero que ha tomado plena conciencia de esta condición postsecular de nuestras sociedades. Basta observar las reacciones a su encíclica *Magnífica Humanitas* para advertir cómo, en efecto, está diseñada con

una ambición que desborda el ámbito de los fieles católicos. Se dirige a todos. Y aunque se sustente sobre el núcleo normativo de la tradición cristiana, logra articularlo con el lenguaje moral de la Ilustración: el respeto de la dignidad humana y la universalización de los principios morales que de ella se derivan. No es casual que la encíclica invoque nociones como la justicia social, el bien común o la responsabilidad compartida y advierta contra la subordinación del hombre a la máquina o la concentración del poder tecnológico en manos de unos pocos.

A donde quiero llegar es a que el papa Prevost viene a España con un mensaje que, en el contexto actual, no es solo religioso sino también político. Sus desencuentros con Trump, su desconfianza hacia la concentración del poder económico y tecnológico, su preocupación por el trato

a los migrantes y a los más vulnerables, o su denuncia de la crueldad de las guerras que convergen con los discursos de resistencia a la actual glorificación del poder y la violencia como único fundamento de la acción política neoimperial de las grandes potencias, el predominio del cinismo y la mentira en la esfera pública o la deshumanización de la posición nacionalpopulista ante las migraciones. La auctoritas del Papado, siempre asociada a posiciones conservadoras en lo doctrinal, se desplaza así hacia perspectivas que hoy no tendríamos reparo en considerar progresistas. Que yo recuerde, será la primera vez en la que tanto la izquierda como la derecha —con la excepción de Vox— querrán beneficiarse de la figura de un Papa. Una, por su indudable sintonía con sus principios de justicia social; otra, por su vínculo con la tradición católica. El acto de mañana en Las Cortes promete ser revelador. En nuestro momento más bajo de religiosidad, elevaremos al pontífice a una posición de autoridad moral reconocida por amplios sectores de la ciudadanía. ¡Qué magnífica metáfora de nuestra condición postsecular!